

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



Ferdinand Domela Nieuwenhuis
Los Medios del Poder
1909

Recuperado en agosto de 2026 desde panarchy.org
Las obras del autor pertenecen al dominio público. Esta es la última
sección de un panfleto cuya intención es ilustrar los medios
empleados por el poder para tiranizar a la gente. Traducido por La
Conquista del Panda bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0

es.anarchistlibraries.net

Los Medios del Poder

Ferdinand Domela Nieuwenhuis

1909

Hemos examinado los medios de poder que permiten a un puñado de personas gobernar sobre todo y sobre todos, tanto los medios espirituales como los violentos, y aunque aún queda mucho por decir, creemos haber explicado suficientemente cómo han logrado su objetivo. Se ha tejido una ingeniosa red de tiranía en la que cada pequeño tirano tiene su propio dominio, sobre el que gobierna a condición de que obedezca a otro más grande, quien a su vez encuentra espacio para su tiranía, hasta llegar a la cima de la pirámide, donde el capital tiene su trono. Todo esto está ingeniosamente construido. Todas estas cosas son como los eslabones de una cadena. Y si te preguntas por qué medios se mantiene unido este edificio, mencionamos, con Tolstói, los cuatro medios siguientes:

1. La intimidación, para que la gente tema cualquier cambio, que se les presenta como un fantasma.
2. El soborno, para que se exprima a la gente con el fin de enriquecer a unos pocos, que se ayudan entre sí y utilizan a los trabajadores ingenuos para su diversión.
3. El hipnotismo, mediante el cual se adormece a las masas, para lo cual todo debe servir: tanto la religión como el patriotismo, tanto la escuela como la iglesia, los medios materiales de embrutecimiento —el tabaco y el alcohol— así como los entretenimientos

en teatros y espectáculos públicos, la prostitución espiritual de la prensa y de la ciencia, así como la del cuerpo.

4. El poder del ejército, que cierra el círculo de la violencia..

¿Cuáles son los medios para liberarnos de todo esto?

Oponiéndonos a la tiranía, debilitando toda autoridad, cada uno a su manera y dondequiera que pueda hacerlo. Si alguien dijera que tales protestas no sirven de nada si no se llevan a cabo a gran escala, deberíamos responder: «¿Cómo vas a conseguir hacerlo a gran escala si no empiezas a pequeña escala?» Creemos que cada negativa al servicio militar, cada oposición a los tiranos grandes y pequeños, contribuye a socavar todo el edificio de la autoridad.

No olvidéis que el ejemplo de los valientes que se atreven a llevar a cabo esta labor será contagioso; pues apenas se habla de tales protestas cuando se imitan aquí y allá y en todas partes. ¿Qué otra razón podría haber para que tal acto se mantenga en secreto en la medida de lo posible?

Sin duda, los hombres y mujeres que tienen la fuerza suficiente — incluso a costa de grandes sacrificios por su parte— para romper las cadenas que los ataban ejercen una influencia considerable, misteriosa pero poderosa. No olvidemos nunca esta verdad: un pueblo es lo que se merece ser. Si un pueblo está esclavizado, es porque no merece un destino mejor, porque está formado por esclavos. No es el tirano quien crea a los esclavos, sino que un pueblo servil facilita y hace posible que el tirano alcance su objetivo. ¿Cómo podría un tirano gobernar siquiera una semana sobre un pueblo que fuera real y verdaderamente libre? Este no soportaría la tiranía ni un solo día. Pero el pueblo empieza a crear tiranos y, si estos actúan como tales, el pueblo se queja de lo que él mismo ha provocado y es lo suficientemente cobarde como para ceder ante las circunstancias.

¿No dice con razón Multatuli¹, en su Ensayo sobre los millones:

¹ Eduard Douwes Dekker (1820-1887), más conocido por su seudónimo Multatuli (del latín «multa tuli», «he sufrido mucho»), fue un escritor neerlandés famoso por su novela satírica *Max Havelaar* (1860), en la que denunciaba los abusos del colonialismo en las Indias Orientales Neerlandesas (la actual Indonesia).

«Los tiranos; sin duda, existen; pero ¿quién hace posible su existencia? Su entorno, el pueblo. Ninguno de los tiranos mencionados en la historia habría podido existir si el pueblo, el entorno en el que vivían esos monstruos, no les hubiera permitido desempeñar su papel de tiranos a lo largo de los siglos. Ellos, el pueblo, el entorno —la paja, como se les llama— se encogían, adularon, fingieron y aplaudieron cada acto arbitrario, cada acción despótica de los tiranos; donde pasta un buey debe haber hierba, y el pueblo siempre ha estado dispuesto a ser la hierba que los bueyes de dos patas —bestias de presa— mordisqueaban y pisoteaban. Un pueblo, por lo tanto, se merece el destino que tiene. Ningún tirano, ningún chupasangre podría existir si el pueblo no lo tolerara, si no quisiera tener nada que ver con ellos. El pueblo siempre ha sido el mismo. Cuando Nerón incendió Roma, el pueblo gritó. Fue el pueblo el que gritó: «¡Crucifica a Jesús; libera a Barrabás!». Los líderes, los predicadores de nuevas ideas, siempre han sido maltratados y cubiertos de inmundicia por los Schmoels² y los Judas que hay entre el pueblo».

Antes que nada, es necesario tomar conciencia de nuestra situación. En primer lugar, debemos sentir la esclavitud en la que nos encontramos; pues no se buscan medios para salir de ella hasta que eso ocurre. Esa es la razón por la que, ante todo, tenemos que revolucionar las mentes, para que la gente comprenda que no será tan difícil para los noventa y ocho deshacerse de los dos que se aferran a los demás para chuparles los mejores fluidos vitales y que hacen que el árbol se marchite.

La hipocresía es un gran obstáculo en el camino, y se pone una máscara tan atractiva para desviar a las masas por el camino equivocado. «Se hace tanto por el pueblo», ese es el dicho común, que se convierte en un pretexto para adormecerse. Pero sin tener en cuenta que todo esto es filantropía —y esto siempre desmoraliza tanto al que da como al que recibe (pues no es más que robar a gran escala para devolverlo al por menor) y, después, ser alabado como benefactor de la especie humana—; tan pronto como empezamos a analizarlo, resulta bastante insignificante, mientras que la mayor parte da de su abundancia sin privarse de nada.

Tolstói se dio cuenta de la farsa y, por eso, escribió:

² Personaje del libro de Mulatuli, Minnebrieven, 1861 (Love letters).

«Se da mucha importancia a la templanza, pero de tal manera que no logra reducir la embriaguez; se da mucha importancia a la educación, pero de tal manera que, lejos de erradicar la ignorancia, esta aumenta; se da mucha importancia a la libertad y a la Constitución, pero de tal manera que no se impide el despotismo; se da mucha importancia al destino de las clases trabajadoras, pero de tal manera que no se las protege contra la esclavitud; el cristianismo, pero solo la fe cristiana oficial que apoya a los gobiernos en lugar de derrocarlos».

Esa es la razón por la que también predicamos una cruzada contra la hipocresía —que se ha denominado homenaje a la virtud, pero que dificulta descubrir al enemigo donde realmente está—. La hipocresía se ha enroscado alrededor de la humanidad, como la enredadera alrededor del roble, para extraer la savia de la remolacha en su abrazo y prosperar a costa de ella.

En cuanto despierte y crezca el sentimiento de autoestima, ya no lo soportaremos todo; empezaremos a ser humanos en nuestro propio círculo, humanos que se distinguen por pensar por sí mismos.

Nos liberamos y, sin quererlo, animaremos a otros con nuestros actos a que se unan a nosotros para acabar con algunos tiranos más.

Gobernar significa ejercer violencia, hacer lo que no le gusta a quien sufre esa violencia y lo que quien la ejerce seguramente no soportaría él mismo. Someterse significa aguantar, sufrir aquello que no te gusta. Gritemos, pues: «¡Abajo la tiranía!». Es mejor no vivir que desperdiciarse a uno mismo y no ser nada para que los demás lo sean todo. Repudiamos a todos los tiranos de hoy, grandes y pequeños.